

Que mas de un paladin noble y valiente,  
 Aun de léjos oyéndolo, temblara.  
 Tiembla pues Noradino, y á su gente  
 Formando en torno suyo, á toda pris  
 Marcha con ella en busca de Marfisa;  
 Grifon y Astolfo y Aquilante llegan  
 Tambien en esto; y por su amor le regañan  
 Que ponga fin á obstinacion tan terca  
 La dama al rey se acerca,  
 Y dice así: «¿Porqué te proponias  
 « Dar á otro, ¡oh rey! las armas que on mias?  
 « De Armenia en el camino  
 « Dejémelas un dia,  
 « Porque á pié me convino  
 « Correr tras de un ladron que me ofendia.  
 « En prueba de que es cierto cuanto diga,  
 « Grabado en ellas puedes ver mi lema: »  
 Y muestra al rey, volviendo la loriga,  
 En tres partes cortada una diadema.  
 « Verdad es, » le responde Noradino,  
 « Que aquestas armas á entregarme vino  
 « Un mercader armenio hace unos dias,  
 « Y en tu poder, á reclamarlas ántes,  
 « Fuesen tuyas ó no, ya las tendrias.  
 « Yo, bien que á darlas á Grifon resuelto,  
 « No dudo que, cortes y generoso,  
 « Para este fin me las hubiera vuelto.  
 « Ni he menester, para que yo te crea,  
 « Ver tu divisa. Tu palabra quiero  
 « Que nuestra ley en adelante sea.  
 « Tuyas, por otra parte, son las armas,  
 « Premio del vencedor en la pelea.  
 « Tómalas pues, y cese la contienda;  
 « De mi afecto sincero  
 « Yo á mi caro Grifon daré otra prenda. »  
 Grifon, que mas que en verse de ellas dueño,  
 En ser grato al monarca tiene empeño,  
 A las armas renuncia sin disgusto

Mas Marfisa, pensando que no es justo  
 Que sola así todo el honor se lleve,  
 Hacia Grifon se llega  
 Y las armas le entrega,  
 Que dél, cual nuevo don, acepta en breve.  
 Con paz y con amor cada cual luego  
 A la ciudad se viene,  
 Y allí se torna á comenzar el juego,  
 En que la palma Sansoneto obtiene.  
 Por dejarle esta gloria,  
 Cual buenos compañeros,  
 Disputar no quisieron la victoria  
 Ni Astolfo, ni Marfisa,  
 Ni los dos fuertes hijos de Oliveros.  
 Entre el placer, el júbilo y la risa,  
 Ocho dias ó diez allí pasaron,  
 Y ansiosos de volver hácia Poniente,  
 Del rey la venia de partir tomaron.  
 Marfisa, que hace tiempo apetecia  
 De la francesa gente  
 Ver si era justa ó no la nombradía,  
 Grata se ofrece á hacerles compañía.  
 Sansoneto, dejando  
 Quien á Jerusalem rija en su ausencia,  
 Toma tambien licencia.  
 Y así, formando un escuadron brillante  
 Que en el orbe no hallara semejante,  
 Emprenden su camino  
 Hácia el piélago á Tripoli vecino.  
 Un bajel allí encuentran  
 Que para Ocaso estaba aparejado;  
 En él, á su patron ántes hablando,  
 Con sus caballos los guerreros entran.  
 Limpido el cielo está; la mar serena:  
 Próspera brisa entre las jarcias suena.  
 En la isla do homenaje  
 Se tributa al Amor, hay un paraje,  
 Llamado Malagusta,

Cerca del cual, con preferéncia injusta,  
 Natura caprichosa  
 Colocó una piscina perniciosa.  
 Esta es del buque la primera escala.  
 Mas, el hedor que aquel pantano exhala  
 Largo tiempo aquel aire  
 Vedándole aspirar, al viento el ala  
 Vuelve á dar, y navega  
 De Chipre en derredor, y á Páfos llega.

Sobre su verde orilla,  
 Que flores mil esmaltan,  
 Los guerreros por ver tal maravilla,  
 Y el traficante á sus negocios, saltan.  
 De hijero declive  
 Seis millas hay ó siete  
 Desde el mar á un bosque  
 Que en la cresta de un cerro se percibe.  
 Mirtos, cedros, laureles,  
 Rosas, tomillos, lirios y claveles  
 De dulce aroma esparcen tanta suma,  
 Que el viento de la tierra al mar perfuma.  
 De una límpida fuente un arroyuelo  
 Fecundizando va todo aquel suelo.

Bien puede en fin decirse que morada  
 Es de Vénus esta isla celebrada.  
 Amables allí y bellas  
 Son mas que en parte alguna las doncellas,  
 Y de la edad adusta  
 El Amor, bien que niño, no se asusta.

Así que el viento favorable estuvo,  
 Y á sus negocios hubo  
 Puesto fin cada cual, sin mas demora  
 Alza el patron el ancla; da la vuelta  
 Y al buque por la mar las riendas sueltas  
 Por el mistral mecido, alegre, ufano  
 Bogaba. En esto se alza de repente  
 Enemigo Poniente,  
 Que, manso al pronto, con furor insano

Al esconderse el sol ruge insolente.  
 Hinchase el mar, el cielo  
 Envuelto queda en tenebroso velo,  
 Rasgado á cada instante  
 Por la luz del relámpago incesante.  
 Ruge la tempestad y ruge el trueno;  
 Lluvia copiosa y fria  
 Lanzan las nubes del oscuro seno,  
 Y sobre el mar airado y formidable  
 Tiende la noche el manto impenetrable.

De su arte el mariuero  
 Los recursos agota. Cual silbando  
 Da la señal del mando;  
 Las anclas este en aprestar trabaja;  
 Cual tira el cable, y cual las velas baja;  
 Cual el timon ó el mástil asegura;  
 Cual la cubierta de limpiar se cura.

Crece el terror; y toda aquella noche,  
 Mas negra que el infierno,  
 Boga el patron, que en alta mar se lanza  
 Por dar á su bajel mejor gobierno.

Del mar á la pujanza  
 Siempre la proa con valor presenta,  
 Y, el riesgo huyendo, abriga la esperanza  
 De que se aplaque un poco la tormenta.

Mas no se aplaca; ántes con mas violenta  
 Saña sigue soplando al otro día,  
 Día que de sus horas por la cuenta,  
 No por su claridad, se conocia.  
 Triste, por fin, sin esperanza alguna,  
 Al viento encomendando su fortuna,  
 La popa al mar torna el piloto y vuela  
 Sobre sus olas con humilde vela.

Mientras en tan grave cuita  
 A estos guerreros pone el mar, no ménos  
 A ingleses y agarenos  
 Por el suelo francés fortuna agita.  
 Allí hiere y maltrata

Y escuadras desbarata  
 Reinaldo, flor de la nacion francesa,  
 Y del hijo de Almonte  
 Al ver la blanca y encarnada empresa,  
 Al mirar sobre todo el alto monte  
 De las víctimas que hizo en el combate,  
 Clava el hierro á Bayardo,  
 Cierto de que bajo sus armas late  
 Un corazon intrépido y gallardo.

« Mejor, » dicese entonces, « ántes que crezca  
 « Es cortar esa planta. »

Así diciendo, altivo se adelanta,  
 Y tal terror con su presencia inspira,  
 Que por medio de infieles y cristianos  
 Paso abriéndose va por donde mira.  
 Al jóven Dardinelo solamente

Nota Reinaldo en medio á tanta gente :

« Púsote, » dice, « en un fatal empeño  
 « El que de esa armadura te hizo dueño.  
 « Contigo á probar vengo como guardas  
 « De ese broquel los fúlgidos cuarteles :  
 « Si al verte en mi presencia te acobardas,  
 « Al guerrero de Anglante hallar no anheles.  
 — « Sabe, » responde el árabe mancebo,  
 « Que si estas armas llevo,  
 « Es porque digno de llevarlas soy,  
 « Y que con ellas, despreciando riesgos,  
 « En busca corro de laureles hoy.

« Ni pienses que me alarmas,  
 « Bien que jóven me ves, por mas que grites ;  
 « Si quieres estas armas  
 « La vida ántes es fuerza que me quites.

« En Dios espero yo que así no sea ;  
 « Mas, vencedor ó muerto en la pelea,  
 « Sufrir no quiero que por mí se frustre  
 « La larga gloria de mi estirpe ilustre. »

Dice; el acero saca  
 Y al paladin de Montalban ataca.

Un sudor semejante al de la muerte  
 Circula por las venas  
 De cada moro, cuando al héroe advierte  
 Que, cual leon sobre cerril novillo,  
 De Zúmara se avanza hácia el caudillo.  
 El primero que hirió fué el africano ;  
 Mas fué su golpe vano, que á dar vino  
 Sobre el robusto yelmo de Mambrino.

Reinaldo, sonriéndose, « á mostrarte, »  
 Le dice, « voy cuanto mayor es mi arte. »  
 Y empujando hácia el moro su caballo,  
 En el pecho le hiera con la espada,  
 Que por detras asoma ensangrentada.

Cual cede del labriego  
 Brillante flor á la inclemente reja,  
 O cual, cargada de superfluo riego,  
 Mustia, su frente deja  
 La amapola caer; así marchita  
 La faz de Dardinelo,  
 De la muerte se cubre con el velo  
 Y ardor y esfuerzo á sus secuaces quita.

Cual la onda con furor se precipita,  
 Cuando á romperse viene  
 El recio malecon que la contiene,  
 Así, cayendo el jóven sarraceno,  
 Y roto el solo freno  
 Que á sus soldados sujetar podia,  
 Cada cual huye á do el temor le guia.

Alejarse Reinaldo no les veda,  
 Y solo embiste al que en el campo queda.  
 A su lado Ariodante  
 Cubriendo va de víctimas el suelo,  
 Y Zerbino, Oliveros y Leonelo  
 Van derribando á cuantos ven delante.  
 Su deber tambien Carlos ha cumplido,  
 Y Oger y Salomon, Turpin y Guido.

Del ejército moro fué aquel dia  
 El riesgo tal, que un hombre no quedara,

Si con la poca gente que aun vivia  
La lid su cuerdo rey no abandonara.  
Mejor que ir á perder cuanto posee  
Dejar perdido lo perdido cree;  
Mejor es replegarse, y de este modo  
Algo salvar sin exponerlo todo.  
- Hacia su tienda luego,  
Por muros y por fosos resguardada,  
Con sus banderas una hueste envia  
Mandada por el rey de Andalucia,  
Por el de Portugal y el de Granada.  
Al rey de Berberia  
Tambien manda á decir que se defienda,  
Y que poco no hara si en este dia  
Su persona salvar puede y su tienda.  
Agramante, que nunca tan incierta  
En su favor á la fortuna vido,  
De tornar á Biceria  
Casi toda esperanza ya ha perdido,  
Quando oye que Marsilio  
Puso en salvo una parte de su gente.  
Sus restos él formando prontamente  
Manda al clarin tocar á retirada;  
Mas este son apena  
Oye la multitud, de que aterrada  
Va gran parte á morir dentro del Sena.  
Por animar al resto, esfuerzos vanos  
Hacen todos los jefes africanos.  
Por uno que en pié queda  
Huyen ó mueren dos. Cual por delante,  
Cual por detras á ser herido viene,  
Y sin que nadie al vencedor refrene,  
Todos, por él á un tiempo perseguidos,  
Llegan al campo mustios y affigidos.  
Y es probable que Carlos,  
Que jamas desperdicia coyuntura,  
De sus murallas fuese á rechazarlos,  
Si al fin movido á compasion el cielo



Medoro y Cloridano estando de guardia sobre la muralla.  
(T. I, p. 335.)

No envolviere á la tierra en noche oscura,  
A mares por el suelo  
Corre la sangre; al filo de la espada  
Ochenta mil cadáveres cayeron,  
Que el lobo y el villano  
A devorar y á despojar vinieron.

Sin entrar en el campo del pagano,  
Cárlos de enfrente lo que pasa acecha;  
Sin descanso lo estrecha  
Y de grandes hogueras cubre el llano.  
El rey moro entretanto sin reposo  
Sus murallas repara, limpia el foso;  
Ve si la guardia vela  
Y hace toda la noche centinela.

Llanto y suspiros que el temor apenas  
En alta voz permite que se exhale  
Del campo solo salen  
De las miseras gentes sarracenas.  
Este de algun pariente  
O un amigo la pérdida deplora:  
Aquel, herido, llora  
El mal futuro y el temor presente.

Allí, con otros muchos, se encontraban  
Dos mancebos nacidos  
En Ptolemaide de progenie oscura,  
Y que un raro modelo presentaban  
De la amistad mas íntima y mas pura.  
Con varia suerte por el franco suelo  
Siguiéron uno y otro á Dardinelo.

Ágil era y robusto  
Cloridano, como hombre  
Que de la caza tuvo siempre el gusto.  
Por su beldad, Medoro  
Era la flor del campamento moro.  
Negros sus ojos, blanca  
Era su faz, su cabellera de oro  
Cual la de un ángel del superno coro.  
Juntos estos dos jóvenes guardando

El campamento desde el muro estaban,  
Mientras siguiendo su invariable curso  
Las estrellas al orbe  
Con soñolientos ojos contemplaban.

Medoro, á quien triste recuerdo absorbe,  
« No te puedo expresar, oh Cloridano, »  
Volviéndose, le dice,

« Cuanto á mi amo infelice  
« Me duele ver tendido en ese llano,  
« Por pábulo del lobo ó del milano.  
« Yo, recordando su bondad, » exclama,  
« Mi vida diera por salvar su fama.  
« No quiero que insepulto  
« Su cuerpo quede, y en su busca parto.  
« Llegar espero oculto  
« Al campo en donde, de despojos harto,  
« El enemigo reposando yace.  
« Aquí quédate tú. Si mi fatiga  
« Al cielo santo coronar no place,  
« Habrá al ménos, yo muerto, quien revele  
« La noble accion á que el amor me impele. »

Pásmase Cloridano  
Al ver tales afectos en un niño,  
Y su ardiente cariño  
Combate su designio; mas en vano,  
Que enterrar á su dueño ó á su lado  
Morir el noble jóven ha jurado.

Viéndole en su propósito tan firme,  
Cloridano responde: « A aperebirme  
« Para seguirte voy; que iguala al tuyo  
« Mi ardor: yo nunca en los peligros huyo,  
« ¿Y á qué vivir, si ingrata  
« La fortuna á Medoro me arrebató?  
« Morir quiero con gloria á tu costado  
« Mejor que de dolor de tí privado. »

Así, resueltos á marcharse dejan  
En su puesto otras guardias y se alejan.  
Fosos saltando y muros,

Llegan en breve al campo, do seguros,  
Después de haber dejado  
Sus fuegos apagar, estan tendidos  
Entre armas y bagajes los de Carlos,  
En el vino ó el sueño sumergidos.

Cloridano, parándose un momento,  
« ¿Cómo, » dice á Medoro, « así dejarlos  
« Sin darles escarmiento?  
« Tú, porque nadie sorprendernos pueda,  
« Vigilarás atento;

« Por medio al enemigo  
« Paso yo con mi espada á abrir me obligo. »  
Así dice, y entrándose en la tienda  
Do al sueño suelta rienda daba Alfeo,  
Médico y adivino  
Que á la corte de Francia, ha un año, vino,  
De su alma y de su cuerpo corta el lazo,  
Haciendo así mentir la profecía  
De que, lleno de edad y en el regazo  
De su esposa, tranquilo moriria.

A sus costados mueren  
Cuatro guerreros que ni un ay profieren,  
Cuyos nombres Turpin no ha mencionado  
Y el tiempo en el olvido ha sepultado.  
La muerte Palidon recibe luego  
Mientras al sueño entregado está tranquilo.  
Sobre una cuba, ya apurada, Grilo  
A su lado yacia  
Creyendo estar bebiendo todavía,  
Cuando en silencio el moro se le acerca,  
Y cortándole el cuello  
De vino y sangre allí forma una alberca.  
Muerte da luego á un griego y á un tudesco,  
Andrópono y Conrado,  
Que una gran parte de la noche al fresco  
Pasaron con la copa y con el dado.  
¡Felices, si á lo ménos hasta la hora  
En que nace la aurora

Hubiera el juego ó el festin durado!  
 Mas ¿qué hiciera el destino  
 Si en cada hombre existiera un adivino?  
 De ovejas en un mísero rebaño  
 Famélico leon no hace mas daño  
 Que el que hace impunemente  
 El jóven moro en la cristiana gente.

Ensangrentar su espada ni su brazo  
 Hasta entónces no quiso el buen Medoro;  
 Mas al duque de Albrech viendo en su lecho  
 Al lado de su dama, á quien con lazo  
 Estrecha tal, que entre uno y otro pecho  
 Paso no hallará el aire, á ambos da muerte.  
 ¡Oh deliciosa suerte!

Unidas sus dos almas,  
 Se elevan del amor sobre las palmas.

Perecen luego Artalico y Margano,  
 Noveles caballeros  
 Del condado de Flándes herederos,  
 De cuya enseña el franco soberano  
 A las armas unió las lises de oro,  
 Y á quienes prometiera  
 Allá en la Frisia estados, que les diera....  
 A no venirselo á estorbar Medoro.

Así llegaron este y Cloridano  
 Al regio pabellon, del cual en torno  
 Velaban los guerreros  
 Mas fuertes del ejército cristiano.  
 Cansados de dar muerte, sus aceros  
 Envainan los dos bravos compañeros;  
 Y, bien que allí podian  
 Cargarse de despojos, de su audacia  
 Mas premio no querian  
 Que llegar sin desgracia  
 Al paraje do, entre armas y caballos,  
 En un lago de púrpura, yacian  
 Pobres y ricos, reyes y vasallos.

De sangre en vano en aquel mar inmenso,

En aquel haz de cuerpos mutilados,  
 Buscaran los dos jóvenes osados  
 Al que es objeto de su amor intenso,  
 Si, de su faz hermosa  
 Las luces hácia el cielo levantando,  
 No exclamara Medoro: « ¡Oh casta diosa,  
 « A quien nuestros abuelos  
 « Triforme apellidaron justamente!  
 « Tú, que belleza muestras igualmente  
 « En la tierra, en el orco y en los cielos,  
 « Tú, que siguiendo por oscuras selvas  
 « Vas, cual hacerlo mi señor solia,  
 « A las fieras con ánimo invencible,  
 « ¿Será, será posible  
 « Que el cadáver que busco no me vuelvas?»  
 La luna, fuese acaso,  
 Fuese movida de este humilde ruego,  
 A través de las nubes se abre paso,  
 Bella su faz mostrando como el día  
 En que á Endimion causó tanta alegría.

Descúbrese á su lumbre  
 Los dos campos, Paris y todo el llano;  
 Montmartre á diestra, en lo alto de una cumbre;  
 Lery sobre otra, á la siniestra mano.

La luna con mas brillo  
 Un rayo, en esto, arroja  
 Sobre el cuerpo del mísero caudillo.  
 La enseña blanca y roja  
 Reconoce Medoro; su congoja  
 De tierno llanto inunda su carrillo.  
 En alta voz no exhala, sin embargo,  
 Sus sentidos lamentos,  
 Que enternecer pudieran á los vientos.  
 Fuérale el ser reconocido amargo,  
 Por temer, mas que de perder la vida,  
 De mirar su ilusion desvanecida.  
 De su amado señor partiendo el peso,  
 La marcha apresuraban

Por llegar á su campo los mancebós ;  
 Del padre de la luz los rayos nuevos  
 Astros, nubes y sombras dispersaban ,  
 Cuando Zerbino , cuyo heroico empeño  
 En momentos qual este  
 No le permite abandonarse al sueño ,  
 Allí llegaba , al frente de la hueste  
 Con que hostigó toda la noche al moro .

A Cloridano viendo y á Medoro ,  
 Hacia ellos presto tuercen el camino ,  
 Ansiosos de botin , los de Zerbino .  
 « Aquí dejemos , » dice Cloridano ,  
 « La carga , amigo , ó perecer es cierto .  
 « ¿ No fuera empeño vano  
 « Morir dos vivos por salvar á un muerto ? »

Dice ; y el busto helado  
 Soltando , huye , creyendo  
 Que , su ejemplo siguiendo ,  
 Tras él camina el compañero amado ,  
 Por quien hubiera , á sospechar su suerte ,  
 Consentido en sufrir mil veces muerte .

De su señor Medoro mas amante ,  
 Sobre sus hombros el cadáver carga ;  
 Mientras Zerbino , á recelar viniendo  
 Que moros pueden ser , y conociendo  
 Que no será su resistencia larga ,  
 Con los unos les cierra toda via  
 Mientra embestir á los demas encarga .

De altas hayas y espesos matorrales  
 Allí una selva entónces existia ,  
 Cuyo oscuro recinto ,  
 Poblado de feroces animales ,  
 Formaba inextricable laberinto .  
 Por verse dentro de su sombra amiga  
 Uno y otro mancebo se apresura ;  
 Mas á otro canto es fuerza que me siga  
 Quien saber quiera el fin de esta aventura .

## CANTO XIX.

Medoro herido , y Cloridano muerto . — Amores de Angélica y Medoro . — Su enlace . — Su partida á Oriente . — Llegan Marfisa y sus cuatro compañeros al pais de las mujeres homicidas . — Singular usanza de este pais . — Los paladines y Marfisa penetran en la ciudad . — Combate de Marfisa con diez guerreros .

Mientra en el carro de fortuna rueda ,  
 Nadie hay que decir pueda  
 Si es con verdad amado  
 Por los amigos de que está cercado .  
 Mas la suerte feliz como suceda  
 Que en áspera se trueque , sin demora  
 Vuelve la faz la turba aduladora ,  
 Que solo amor sincero  
 Es, en dicha y desdicha , duradero .

Si llevarse pudiese descubierto  
 El pecho cual la cara ,  
 Mas de un grande , estoy cierto ,  
 Que á su rey muestra fe continua y rara ,  
 De la plebe sumiérase en el fango ,  
 A un plebeyo quizas cediendo el rango .

Mas , con este motivo , hablar de nuevo  
 Quiero del fiel mancebo  
 Que erra sin norte en la intrincada selva ,  
 Y á quien la grave carga que se ha impuesto  
 Veda que á dar con su camino vuelva .  
 Cloridano , que en tanto con pié presto  
 Los bosques ha traspuesto ,  
 Se aflige , se arrepiente ,  
 Y , de su amigo al contemplarse ausente ,  
 « ¿ Cómo , » se dice , « cómo fui tan loco ,  
 « Cómo , ¡ oh Medoro ! te estimé tan poco ,  
 « Que pude abandonarte  
 « Donde no sé si volveré á encontrarte ? »